
El país donde los niños no querían nacer

Desde un acantilado, entre las derruidas murallas, el niño divisó en lo hondo del valle una ciudad que parecía dormida en la niebla. Apantalló las manos sobre los ojos para ver mejor. Pero esa especie de niebla lo esfumaba todo.

No es noche ni día en este lugar, se dijo tal vez el niño. O acaso la noche se había juntado con el día. Era como si la luz se hubiera quemado y transformado en esa tiniebla blanca, que parecía mostrar borrosamente las cosas del revés, semejante a un inmenso espejo de cristal y humo posado sobre la ciudad.

El niño se encogió de hombros y bajo al valle. Era un niño de edad indecisa. Podía tener cinco años o diez. Quizás más, o tal vez menos. Pero lo que se notaba de inmediato era que no había leído nunca un libro de relatos de aventuras. Se comportaba él mismo como un personaje de esos relatos. Daba igual que no supiera leer ni siquiera hablar. Tanía los cabellos largos y enmarañados y estaba completamente desnudo. Sucio de lodo seco, su color era indefinible. Pero no demostraba sentir frío ni calor. Tampoco el miedo, el hambre o la sed que sufren los niños después de haber andado mucho. Sobre todo cuando llegan a un lugar desconocido. Y ése era un lugar bien extraño. Uno de esos lugares que dan la impresión de haberse llevado su lugar a otro lugar dejando otro falso en su lugar.

De tanto en tanto el niño se detenía a escuchar. Pero no oía gritos de pastores ni balidos de corderos, ovejas o cabras. Menos aún el piar de pájaros. Ninguna voz humana o animal, ni siquiera el siseo de los insectos. Salvo que la niebla también le hubiese taponado los oídos. Se escarbó las orejas con los meñiques mientras continuaba bajando entre los zarzales, las rocas y los escombros ennegrecidos de muralla. Se frotó los párpados cubiertos por el hollín blancuzco y trató de orientarse en dirección a la torre de la iglesia que a lo lejos parecía descabezada.

Entró en la ciudad por el lado en que la niebla era menos espesa. Y entonces descubrió que la ciudad era muy antigua, de callejuelas estrechas y edificios vetustos que se caían a pedazos.

No vio a nadie. Nadie salió a su encuentro. El niño sintió otra vez allí, con más fuerza, que en esa niebla quieta y cenicienta estaban mezclados el día y la noche. Los ojos del niño eran muy vivos y expresivos. Dejaban transparentar sus pensamientos. Lo mismo esa manera muy especial que tenía de arrugar la nariz como los cervatillos jóvenes. Cogió un puñado de niebla y la estrujó a la altura de los ojos. Algo chispeó débilmente entre sus dedos. Iba a continuar su camino cuando sintió que alguien le cogía de un brazo. Se estremeció un poco bajo la presión de

los dedos largos y flacos, y un poco más cuando oyó a sus espaldas una voz cascada que le preguntaba:

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

El niño giró y vio a una mujer horriblemente vieja, doblada por la mitad y apoyada en un bastón. De su cuerpo sólo colgaban arrugas y harapos. Acercó aún más su cara esquelética a la del niño como espiándole y husmeándole con una incontenible ansiedad.

—¿De dónde vienes? —volvió a preguntarle—. ¿Cómo te llamas?

El niño no contestó. Tampoco hizo ningún intento de huir. Miró a la anciana. No pudo verle los ojos hundidos entre las arrugas. De su boca no salió ningún sonido, pero algo en él que no era voz, ni gesto, ni ninguna especie de lenguaje conocido, pareció responder a la anciana, imperceptiblemente.

—Hablas como los ventrílocuos —dijo la vieja con acritud— Así que no eres nadie puesto que no tienes nombre. Te llamaré entonces don Nadie. ¿Te parece bien?

El niño volvió a encogerse de hombros.

—O mejor, don Nada. ¿Eh? ¡El gallardo caballero don Nada! Al fin y al cabo, desde que pasó aquello, en este país los niños no fueron nunca más nadie ni nada. De seguro tú eres uno de su descendencia. Hablas como dicen que aquellos niños hablaban en el vientre de sus madres. De seguro alguna mujer, grávida de alguno de tus antepasados, huyó de esta ciudad cuando reinó el odio en los tiempos de una cólera peor que la peste. Huyó, como muchas, para que su hijo naciera en tierras de paz. Hubo barcos repletos de gente, de mujeres encinta. Barcos a la deriva por el mar trataban de escapar del terror. ¿Has vuelto en busca de la tierra natal de tus abuelos?

El niño volvió negativamente la cabeza. La vieja le pasó la mano por la cara.

—Es cierto. No te cuelga de la nariz la argolla de los hijos de los esclavos. Y tus cabellos son finos como las barbas del choclo.

Siguieron andando por una callejuela. El niño entrevió algunas sombras en el interior de los destartalados edificios. Tendió la mano hacia ellos.

—¿Esa gente? —dijo la anciana—. Quedan pocos ya. Sólo esperan morirse del todo.

La vieja centenaria, encorvada hacia el suelo, llegaba apenas a la altura del niño. Sin soltarle el brazo caminaba más rápida que él. Lo arrastraba casi. Ligera, sin peso, también ella parecía flotar en la niebla. Desembocaron en un ancha plaza rodeada de escalinatas y columnas de mármol rotas, semejante a un inmenso anfiteatro.

—Pues sí, mi pequeño y silencioso Nada —continuó diciendo la anciana—. Hace mucho, muchísimo tiempo, un tiempo del cual no se acuerdan ya ni las estrellas, éste fue un país rico. El más poderoso del mundo. Era el centro del mundo puesto que dominaba todo el mundo y los reyes de todo el mundo venían en caravanas de elefantes y camellos a rendir honores y vasallaje a nuestro emperador. Llegaban todos los años al comienzo de la primavera, aunque aquí todo el tiempo era primavera. Venían a pagarle tributos en oro, en piedras y metales preciosos, en las especies más afamadas y raras de sus respectivos países. El emperador se sentaba

en una balanza de oro que tenía la forma de un trono. En el otro plato, que era como una ala inmensa del trono, los esclavos volcaban de los cofres de sándalo las materias preciosas hasta que la aguja del fiel hacía sonar una campana marcando el peso justo, que era el doble del peso del emperador. Así se acumularon aquí todas las riquezas del universo. ¡Ah este país era el Cuerno de la Abundancia! Más rico que Jauja. La Isla del Tesoro con la que soñaban los niños y los piratas de lejanos países y mares. El País de las Maravillas con espejos de doble fondo y todo lo demás. Había regiones pobladas por enanos del tamaño de un pulgar y por gigantes de talla diez veces más altas que los más altos pinos y cedros. Había jardines, lagos, florestas, bosques y prados naturales llenos de mariposas que parecían pedazos del espejo roto del arcoiris después de las lluvias. Había también aves de voz humana y plumaje resplandeciente. El sol brillaba todo el día hasta la medianoche. Pero desde la medianoche comenzaba a brillar de nuevo el alba. De modo que nunca había oscuridad. Se vivía como en una perpetua aurora boreal. Así el sol no se ponía nunca en los dominios de nuestro emperador, decían los cronistas aduladores, aun cuando eso fuera verdad. Por lo que en todo el mundo era llamado el Rey Sol. Pero eso era antes. Después creció el desierto por todas partes.

El niño se había adelantado un poco sin hacer mucho caso de los graznidos de la vieja. Iba entreteniéndose con el chispear de la niebla que frotaba entre los dedos. Se pasaba luego las manos por la cara, por los largos cabellos, por el lodo seco que cubría su piel. Todo él comenzaba a brillar como una escultura encendida por dentro.

La anciana le alcanzó correteando en tres patas con saltitos de ave fría.

—¡Espera!... —dijo la anciana tosiendo sofocada—. No te apures. Tú vienes del futuro. Por lo menos tienes el futuro por delante. Debes ver y saber cómo fue todo esto en el pasado para que lo malo no se repita y lo bueno sea doblemente bueno. No tienes todavía memoria... y la mía no va a tardar en morir conmigo. Estas historias verdaderas no figuran sino con alusiones indirectas en los libros sagrados de la humanidad que son libros que escriben los pueblos. Pero tampoco aparecen en toda la novelería que los particulares escribieron después. Una especie de vergüenza y de horror pesa sobre estos hechos. ¡Bah... como si no se repitieran todos los días y en todas partes!

El niño se detuvo contemplando las ruinas de lo que debió ser el palacio real situado en la parte más alta de la ciudad. Se volvió hacia la anciana. Del cuerpo desnudo volvió a brotar la tenue irradiación de una pregunta.

—Sí —respondió la anciana—. Allí vivió el emperador. No tenía esposa ni hijos. Y él mismo era el último de una larga dinastía de reyes que había construido el imperio en guerras de conquista que duraron mil años. Siempre adusto y solitario, en medio de la muchedumbre de chambelanes, generales, funcionarios y servidores, el emperador pasaba sin verlos. No hablaba con nadie. A nadie dirigía la palabra, salvo para dar órdenes que debían ser cumplidas en el acto. Y ¡guay! del que no las entendiera o las desobedeciera. También en el acto era decapitado. Por lo que nuestro Rey Sol era muy temido. No sólo en la Corte, por la muchedumbre de chambelanes, generales, funcionarios y servidores que giraban solícitos alrede-